

# ¿Qué le pasa a ESTEBAN?



por:  
Isabel Guerrero  
Ana Salazar  
Victoria Buigues

dibujado por:  
Ed

**Título**

*¿Qué le pasa a Esteban?*

**Primera edición:** septiembre 2016

© FAPMI / Isabel Guerrero, Ana Salazar, Victoria Buigues

© EDUCO

*Se permite la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento siempre que se mencione la fuente y se haga sin fines comerciales.*

Impreso en España

**ISBN:** 978-84-945828-4-4

**Depósito Legal:** B 15660-2016

**Producción:** Montse Bobés, Mara Bueno, Aurea Ferreres

**Ilustraciones:** Ed

**Corrección:** Christine Antunes

**Maquetación:** Elena Martí

**Agradecimientos:** Asociación Murciana de Apoyo a la Infancia Maltratada (AMAIM)



Member of

**ChildFund**  
Alliance

¿Qué le pasa a  
**ESTEBAN?**



Esteban estaba acostumbrado a que en su casa todo se hiciera gritando, con insultos y portazos. Cuando su padre se enfadaba con su madre le gritaba, la insultaba y ella le respondía con más insultos y acababan la conversación de un portazo. Así un día y otro y otro. Esteban se acostumbró a esa situación y, aunque se ponía muy nervioso cuando ocurría, se iba a su habitación y ponía la música muy alta. El día que no había gritos o portazos era como si pasara algo raro, le faltaba algo...

Un día en el instituto tenían partido de baloncesto. Esteban siempre había sido muy rápido y muy hábil, pero llevaba una temporada algo torpe, fallaba más de lo normal. Ese día en concreto los gritos de sus padres lo habían despertado demasiado temprano, la pelea duró más de lo acostumbrado. Esteban se levantó y se puso los cascos; así se aislaba y evitaba contaminarse de palabras y gritos feos. Cuando salió de la habitación y vio las caras y gestos de sus padres, se le hizo un nudo en el estómago que le impidió desayunar. Su madre, entre sollozos, le dijo que se tomara la leche, pero no pudo tragar ni un sorbo.

Ese día era la semifinal y se la disputaban con otro equipo de un instituto que era también del pueblo. La rivalidad estaba servida y no podían perder. Nada más llegar a la pista de juego empezó a calentar junto a sus compañeros. Se sentía fatigado, pero él trataba de que no se notara. Tras el saque de inicio, aunque con dificultad, fue entrando en el partido. De pronto, un pinchazo en el estómago hizo que empeorase su juego y la fuerza del equipo disminuyó bastante.

Perdieron el partido. Esteban no metió la mitad de las canastas que tiró y falló en la mayoría de pases. Con cada uno de los fallos se llenaba de ira y golpeaba la pelota con rabia. En el vestuario Jorge lo amenazó, le insultó y le recriminó que por su culpa habían perdido. Esteban, que veía muy injusto que las culpas fueran solo para él cuando todos eran un equipo, le gritó y le insultó diciéndole cosas feas, cosas que nunca hubiera imaginado decir a alguien, pero cosas que le resultaban muy familiares, muy de su casa.

Los demás compañeros se quedaron sorprendidos por esta actitud. Esteban solía ser muy tranquilo y nunca se ponía así.

El entrenador intervino para que dejaran de pelearse y ambos jugadores se dieron la mano.

Cuando Esteban llegó a casa y se conectó a Internet vio un mensaje con el link a un perfil falso que habían creado sus colegas con una foto suya en la que había comentarios del tipo: “Menos lobos, Caperucito”, “A gritar vete al monte” y “Menos gritos y más canastas”.

Al día siguiente, en clase de historia, Esteban no entregó el trabajo a Doña Encarna, la profesora. Ella le preguntó cuál era la causa y le dijo que si a lo largo del día no se lo entregaba tendría que suspenderle el trabajo por incumplir los plazos. En la clase se escuchaba un murmullo. Esteban se puso nervioso, muy nervioso, empezó a sentir un calor dentro de su cuerpo y notaba como la ira se apoderaba de él. Sin poder evitarlo se levantó de la silla, le pegó una patada a la mesa, le gritó a la profesora y salió de clase dando un portazo.

La profesora fue tras él sin conseguir calmarlo ni retenerlo.

Entonces, la Dirección le emitió un parte de dos días de expulsión por mal comportamiento.

Esteban no entendía nada... ¿Mal comportamiento? ¿Era malo lo que había hecho? ¿Olvidar los deberes? No traer el trabajo tampoco era para tanto... ¿Expulsarlo? ¿Cuál era el problema?...

Tras salir del despacho de la Dirección, se fue al patio y allí se encontró con Santi, la conserje del centro. Santi lo vio triste, nervioso y al estar fuera del aula en horario de clase se preocupó y fue a donde él estaba.

—¿No deberías estar en clase a estas horas, Esteban?—le preguntó Santi con cierta intriga.

—Sí... pero estoy esperando a que vengan a recogerme.

—A mí no me engañas, supongo que estás aquí fuera porque necesitas despejarte. No te obligo a que me cuentes lo que te ha ocurrido, solo que tengas en cuenta que yo estoy aquí para ayudarte en todo lo que necesites.

Esteban agachó la cabeza y se revolvió el pelo muy agobiado.





–Verás Santi, mi vida últimamente es un desastre. Encarna, la profesora de Historia me ha amenazado con suspenderme porque hoy se me ha olvidado traer los deberes. Pero es que realmente no he podido hacerlos, Santi, de verdad. En casa hay mucho jaleo y entre broncas, portazos y gritos no consigo concentrarme. Además, últimamente me pongo muy nervioso, creo que no estoy bien, y encima mis compañeros se meten conmigo y me sacan de mis casillas... –respondió Esteban con cierta desesperación.

–Ya, entiendo que estés así...todo esto tiene que venir de mucho más atrás. Te recomiendo que vayas a ver a Paqui, la orientadora, y que hables con ella, seguro que te ayudará.

El pobre Esteban se quedó unos minutos callado, pensando en lo que Santi le estaba aconsejando. Al finalizar la conversación se levantó, le dio las gracias y se fue a la puerta a esperar a sus padres.

Tocó el timbre y el patio, poco a poco, se llenó de gente; sus amigos Juli y Blas, preocupados, lo vieron y se acercaron a

preguntarle qué demonios había pasado en clase. Él, por un instante, se quedó sin palabras y empezó diciendo que la culpa de todo la tenía la profesora, que le había sacado de quicio, y que, encima, le habían expulsado. Siguió nombrando a la orientadora... “seguro que me come la cabeza y se pone de parte de la profesora para echarme la bronca junto con mis padres”. Blas entonces recordó que la orientadora había aconsejado a su hermano en un conflicto con otros chicos.

–Habla con ella, Esteban, a mi hermano le fue muy bien –le aconsejó Blas.

Mientras llegaban sus padres, Esteban acudió al despacho de Paqui, la orientadora, y le contó todo lo que le estaba ocurriendo últimamente. Ella le prestó mucha atención y fue muy comprensiva con él, lo que le generó bastante confianza. Paqui le hizo varias preguntas para tratar de entender lo que le sucedía y le dijo que para poder ayudarlo tendría que hablar también con sus padres y la tutora. Él, aunque reticente, aceptó su propuesta.



Sus padres, que habían sido informados de lo ocurrido desde jefatura de estudios, le estaban esperando fuera. ¡Menuda bronca le echaron durante todo el trayecto en el coche! No le dejaron ni abrir la boca y sin preguntarle nada empezaron a gritar cada vez más fuerte. Conforme aumentaban los gritos él se sentía más incomprendido, perdido y agobiado... Decidió entonces pasar de todo y centrar su atención en el paisaje, eso le hizo desconectar.

Durante los dos días que estuvo expulsado en casa, Esteban seguía hecho un lío. Los de su clase no paraban de molestarle enviándole mensajes y chistes a través de distintas redes sociales. Juli y Blas le sacaban de quicio con sus consejitos para que estudiase e hiciese los deberes atrasados, bastante tenía ya con sus padres. A pesar de que quería aprobar, no encontraba motivación para hacer las tareas. Lo mejor de todo era que podía dormir hasta tarde y quedarse tirado en el sofá con la Play hasta la hora de comer, que era cuando llegaban sus padres a casa y, como siempre, empezaba la tensión, los gritos y los portazos.

La segunda mañana de expulsión pudo oír somnoliento cómo sus padres discutían, eso no suponía nada fuera de lo normal.

Su padre entró en su habitación y, en lugar de gritarle para que se levantara y se pusiera a estudiar, simplemente dijo: “Vamos a ver qué nos dice tu orientadora. Con lo que nos diga, esta tarde hablaremos los tres”. “Ufff... lo de siempre”, pensó él: que estudies, que te esfuerces, que apruebes, que es tu responsabilidad, que nosotros no vamos a mantenerte siempre...

Esa misma mañana sus padres fueron al instituto. Tenían cita con Paqui, que les informó sobre el cambio de actitud que estaba mostrando Esteban en la escuela, las burlas con las que habían reaccionado sus compañeros y la repercusión que eso podría tener en su vida. Ellos, por su parte, preocupados por lo que estaban oyendo, le informaron de que estaban en un proceso de separación, que no sabían cómo contárselo a su hijo y que eso estaba creando mucha tensión en casa. Tenían miedo de que Esteban no aceptara la nueva situación y que su reacción afectara aún más en su rendimiento. Tras una larga conversación, Paqui se despidió de ellos diciendo:

—Me alegro de que este rato os haya podido servir de ayuda para aclarar vuestras dudas. Recordad las pautas que os he

dado. Nosotros vamos a hablar con los chavales e informar a sus padres de lo sucedido para que las burlas hacia Esteban no vayan a más.

A la hora de comer, el primero en llegar a casa fue su padre. Dejó las llaves en el recibidor, se acercó a Esteban, que estaba tirado en el sofá, y lo abrazó con fuerza mientras se le escapaban algunas lágrimas. Esa situación le hizo sentir incómodo e incluso algo molesto, aunque no llegó a desagradarle del todo.

Minutos después llegó su madre, saludó a ambos y entró directamente en el dormitorio. Al rato, su padre le exclamó desde la cocina mientras terminaba de cocinar: “Esteban pon la mesa, es hora de comer”. Con muy pocas ganas se levantó y lo hizo sin rechistar. La comida transcurrió sin problemas entre sus padres, una cosa extraña, pero no por eso desapareció la tensión entre ellos. Esta vez detectó algo de nerviosismo, sobre todo en su madre. Como siempre, recogieron entre todos la mesa y, cuando se disponía a salir hacia el salón, su madre le dijo que se volviera a sentar, que tenían que hablar.

“Ya estamos otra vez...” pensó Esteban. Se sentó con desgana y cabizbajo porque sabía que sus padres habían estado hablando esa misma mañana con Paqui y pensó que le tocaba otra vez bronca...

—Siento todo lo que está pasando —empezó su padre.

Esteban, sorprendido, levantó la mirada. No entendía por qué le decía eso. Su padre siguió diciendo que en la reunión que habían tenido en el instituto, Paqui les había hablado sobre el acoso de algunos de sus compañeros.

—Nosotros te queremos mucho y sentimos que hayas sido testigo de todas nuestras discusiones —dijo entonces su madre.

En ese mismo instante Esteban empezó a llorar, sus padres le abrazaron y eso le reconfortó bastante. Cuando se calmó, su padre le dijo que habían decidido separarse y su madre continuó diciendo que él no tenía la culpa de nada. “Con el paso del tiempo te darás cuenta de que es lo mejor para todos”, le dijo su padre.





Para Esteban, esa noticia resultó como un cubo de agua fría. Muy nervioso e inquieto empezó a preguntar y reprochar a sus padres:

—Y ahora qué? ¿Dónde viviré? ¿Con quién? Y mis amigos, ¿los volveré a ver?

Entonces su madre le contestó que no se preocupara, que entre todos pensarían en ello y antes de tomar cualquier decisión que le afectara a él tendrían en cuenta su opinión. “Tienes que volver a centrarte en tus estudios”, añadieron, “siempre has sido muy responsable y trabajador, y no queremos que nuestros problemas te influyan y te sigan haciendo daño”.

A la mañana siguiente sonó el despertador. No había dormido muy bien. Se lavó la cara, desayunó y se fue a clase. Al llegar, algunos compañeros y compañeras se acercaron a él, le pidieron disculpas y lamentaron haberle hecho sentir mal, otros le abrazaron y entre todos le hicieron sentir como antes, como uno más de la clase.



